

PEPE EL LOCO

Isabel Pavón

Como cada miércoles, Pepe, el vecino tocado de los nervios que vivía solo en el patinillo de atrás, se levantaba más tarde porque desayunaba fuera. Hacía años que había decidido cambiar los domingos de verano por el tercer día de la semana, decía que eran más eficaces ya que cobraban la mitad y servían el doble.

Antes de salir de casa tiraba el contenido del orinal por la ventana, luego se colocaba su sombrero negro y la chaqueta a cuadros de los días de fiesta. A continuación, se encaminaba hacia la cafetería El Barro situada en el centro del pueblo.

A esas horas, los niños ya se encontraban jugando en la calle y al verle acercarse solían mofarse de su aspecto. Lucía una larga trenza de pelo entrecano y una barba de igual longitud, de manera que, a Pepe, daba igual mirarle por detrás que por delante pues parecía una caricatura reversible. Otro motivo de suculenta burla era su antigua costumbre de ir repartiendo a los chiquillos caramelos de anís si se prestaban a extenderles las manos. Él les hacía unas cuantas carantoñas en las palmas con sus uñas tan largas como negras y, al final, les soltaba el caramelo como si se tratara de una gran obra de caridad. En cuanto Pepe se daba la vuelta, tiraban los caramelos ya que estaban repetidamente advertidos por las madres que les inculcaban que tanto lo que recibían procedente de Pepe o de la pareja de guardias civiles que rondaban el barrio, no debían metérselo en la boca.

Las criaturas le habían inventado canciones que vociferaban a su paso y que él desoía con total descaro.

Pues bien, al llegar Pepe a El Barro, procuraba ocupar la mesa del rinconcito porque desde la ventana podía ver la montaña a la que tantas veces había subido con las cabras siendo un niño y tantos recuerdos le proporcionaba.

El camarero apenas llevaba dos meses trabajando en el local y casi no le conocía. Se acercaba a él reacio, anotaba la comanda y, sin mediar más palabras, entraba a la cocina. Entre tanto esperaba su regreso, Pepe preparaba el ceremonioso ritual. Del bolsillo, junto a la solapa de la chaqueta, sacaba un paquetito de tela blanca, un pañuelo algo abultado, doblado en cuadro partes, que depositaba en el centro de la mesa mientras esperaba su celebrado café con leche doble y los seis churritos con azúcar de los miércoles que rogaba llegasen pronto y calientes. Entonces, majestuosamente desembalaba el paquetito y sacaba su dentadura. Con ambas manos se la metía en la boca ante los ojos de los demás comensales que pudieran estar presentes. Si el mundo nunca le había prestado atención a él, él no tenía que prestar atención al mundo, pensaba. Después volvía a plegar la tela. Con la llegada del desayuno se entretenía en colocar los churros por tamaños y diferentes tonos de fritura y como el camarero no conocía sus gustos, Pepe se veía obligado a acercarse a

la barra para pedir una pajita y varios azucarillos más para el café que no era más que una excusa para llevárselos a casa y usarlos durante la semana. Con toda satisfacción, desplegabla la diminuta servilleta de papel de El Barro y se la sujetaba al cuello. Entre las voces de los camareros y los gritos provenientes de la cocina, Pepe comía con parsimonia y total delicadeza. Se llevaba los churros a la boca como si fuesen exquisitos habanos que proviniesen de la misma isla de Cuba.

A su regreso, los chiquillos, siempre con ganas de jarana, se reían y se acercaban para provocarlo, pero él no era rencoroso. Volvía a pedirles que les enseñasen la palma de la mano, hacía las mismas carantoñas y, seguidamente, les soltaba el caramelo, según las madres, envenenado, aunque Pepe nunca tuvo un duro para derrochar en veneno, ni siquiera para matar las ratas que le entraban en casa.

La costumbre de los miércoles no terminaba ahí. Al entrar de nuevo en su cuchitril, comenzaba a organizar la procesión de la tarde. La llamaba la fiesta de los niños. Sacaba el cristo que guardaba en un pañil y lo atornillaba sobre unos varaes que hacían de soporte. Los chiquillos se arremolinaban a su alrededor para celebrar la semana santa, tan fuera de fecha, tan falsa y tan distinta a la real que a todos les daba risa. A todos menos a Pepe, que tocaba su trompeta y respetaba la ceremonia con tal fervor como si la presidiera el mismísimo obispo. Después de dar tres vueltas por el patio de vecinos indicando con cuidado los pasos a dar, todos juntos marchaban hasta la puerta de Pepe para dejar al crucificado recogido en su templo. Y ahí acababa todo hasta la semana siguiente, cuando al salir de casa se le veía vestido de la misma forma y encaminarse hacia el mismo sitio con el paquetito de tela blanca abultándole el bolsillo.

LOS BRUTOS Y LOS CORDONES

Uno delante y la otra detrás, pues juntos no lo habrían logrado, entraron en una de las cafeterías de renombre del centro de la ciudad. Tenían aspecto brusco y era de suponer que la báscula sufría cada vez que los veía con la intención de acercarse. Ella, morena de aspecto antiguo, vestía de manera informal y sin complejos cuatro tallas menos de las que necesitaba. La camiseta de flores grandes realizaba el exceso de grasas acumuladas en sus bien aparentados cincuenta años. Los pantalones pitillo, desde la cintura a los tobillos, sufrían algunos desgarros al intentar sostenerla sin romperse. Calzaba zapatillas de deporte deterioradas por el uso. El pelo, recogido, parecía alisado más con las manos que con el peine. El aspecto del acompañante, marido quizás y de una edad aproximada, hacía juego a la perfección con el de ella. Moreno, con la dejadez que imprime no afeitarse durante largos días, pantalón pirata con lunares de pintura vieja y difusa, camiseta playera desgastada por los múltiples lavados y las chanclas que dejaban florecer unos pies que han caminado mucho, mucho, mucho.

Se acercaron a la barra con cierta calma y pidieron dos nubes. Entiéndase por nube un centímetro de café y leche hasta completar el vaso. Les sirvieron enseguida. Uno de los camareros que pasaba cerca para servir una mesa advirtió a la mujer que llevaba los cordones de las zapatillas sueltos y que tuviese cuidado de no caer. La mujer le dio las gracias apenas sin inmutarse, sin hacer gestos de sorpresa. Continuaron los dos tomando sus consumiciones. Acabaron y pagaron los 2,40 € de la cuenta. Al darse la vuelta en dirección a la puerta que daba a la calle, ella hizo ademán de agacharse, pero él la paró en seco y como si se inclinase para reverenciar una imagen a la que rindiera culto, se inclinó en medio de la cafetería. Apoyó la rodilla izquierda en el suelo, dejó la derecha como caña quebrada en ángulo recto y comenzó a amarrarle los cordones con la lentitud de un amor pasmoso ya consolidado. Aquella mujer que momentos antes parecía dejada en todos los aspectos de la vida, mientras él llevaba a cabo tal acción, se recompuso adoptando la sutil hechura de una bailarina.

Una imagen vale más que mil palabras y además de resultar gratuita y asombrosa ante aquél público improvisado, ante aquellas personas que pertenecían a otro rango, les hizo asumir en menos de un minuto, que el aspecto de bruto no hace brutalidad.